

nera complicidad, pero también le resta autonomía al texto. La misma frase, una de las más famosas torpezas de la literatura, es repetida más tarde para otra escena, lo cual subraya y vuelve a subrayar la presencia del escritor detrás de lo escrito. Quizás se trate de un prejuicio personal, pero en ese instante algún lector deseará ser dejado en paz con la historia y los personajes, en lugar de recordar lo que prefiere no recordar: que alguien inventó y redactó eso que lee.

Concluyo refiriéndome al único reparo preciso y trascendente que encontré después de la lectura de *Esta vida y la otra*. Una historia de amor, por su esencia, esta hecha de mínimas comunicaciones entre la experiencia amorosa del lector y la interpretación de la realidad por parte del escritor, que incluye, necesariamente, su propia experiencia amorosa. Ello determina la dificultad última de todo relato de amor: que a algunos lo dramático parezca melodramático, o lo sutil inexistente, o lo romántico cursi. Pues bien: la escena clímax de la novela, que es también el clímax de sus amantes, es una de las fallas de gusto más subjetivamente notables del texto, y acaso la única. Decía Vargas Llosa que no hay nada tan difícil de narrar como la política y el erotismo. En las escenas eróticas de *Esta vida y la otra*, el abuso de la poesía que antes —como creador de ambientes y de estados de ánimo— me resultó cargado de verdades íntimas y de comprensión del mundo, ahora sobresale por su inefable cursilería. “Otro momento después la lengua, eterna gata curiosa de su propio dominio oscuro, ha saltado a interrogar, envolver, reconocer a su compañero de la noche atávica. Ya inventa o recuerda su teúrgica de semilicandencias enloquecedoras, a compás de un antiguo mandato melódico la mano gobierna las ascensiones y regresos del tahalí de seda de hombre que atersa la membruda empuñadura, a la sombra de los misterios en flor la boca de Magdalena asume la forma enjuta de un segundo dédalo al éxtasis, tal y como apresó en su vulva para ser su dueña sin

salida, anuda el bucle escarlata de los labios, comprime los arcos palatales de tiniebla y miel caliente y encapilla la visión. Las progresiones de gloria. Las imperdonables retiradas. Y la comunión total del ígneo y carnoso descendiente solar”. La cita puede ser demasiado extensa, pero ilustra mi reparo. Toda la escena está construida con pasajes como éste, falsamente poéticos y agobiados, más bien, de dudoso gusto. Si no se nos hablara de la vulva y del sexo de vez en cuando, ante ellos haríamos el comentario que Flaubert hizo ante la escena romántica de uno de sus contemporáneos: “*la baise-t-il ou en la baise-t-il pas?*” En buen cristiano: ¿se la come o no se la come?

Lo cierto es que la novela de Germán Pinzón —un periodista de peso indudable, que ha vuelto a demostrar su talento narrativo— es una lectura valiosa, por su inteligencia estética y también moral, por su tratamiento decente de los infiernos humanos y por la infinita simpatía frente a los lugares más oscuros de la condición de esos dos personajes magníficos: una mujer de fe enfrentada a su Dios, ese Dios que no soporta el amor, y un hombre cuya relación con el miedo y la muerte (las dos presencias esenciales en la vida de un colombiano) lo destrozan con la extrema ironía de transformarlo en el asesino a quien siempre ha perseguido.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

Rompecabezas barranquillero

Vulgata caribe

Marco Schwartz

Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2004, 343 págs.

La propuesta del escritor y periodista barranquillero Marco Schwartz en su novela *Vulgata caribe* es la de armar el rompecabezas de su ciudad

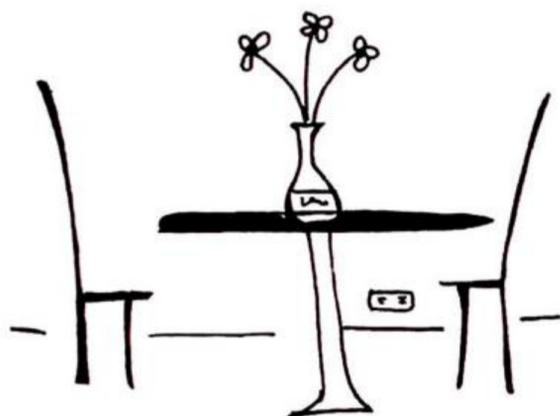
natal, que ha sustituido con el nombre de Bellavista, a través de la colocación de fichas que, al estar separadas en la memoria de los acontecimientos, resultan en su símil sólo manchas de colores, pedazos de líneas. Una vez unidas por el novelista, la figura deja ver la fisonomía más o menos completa de los procesos sociales a que es sometida una urbe como Barranquilla a partir de los años de la Independencia.



Hay que recordar que el término *Vulgata* corresponde a la versión latina de la Biblia hecha o revisada por san Jerónimo y que la Iglesia católica aceptó como oficial y auténtica. Schwartz, con el Caribe colombiano, propició a través de la escritura la misma intención. Son diez capítulos de una obra que busca, mediante personajes que corren como una saga a lo largo del tiempo, realizar su propia *Vulgata*; es decir, una traducción popular de esa área del Caribe colombiano donde ha colocado muchos símbolos bíblicos. Desde luego, no se trata de una copia de la llamada historia sagrada, sino de hallar para la historia popular del trópico que limita con el mar heredado de los caribes un espacio global de discernimiento para que así, en esa estructura amplia y modelo de una historiografía, se pueda ver un pueblo del trópico que en más de un siglo de independencia sólo ha logrado el desasosiego.

Es por ello que en ese parangón la novela tiene como primer capítulo su génesis, que en este caso intitula con el nombre de “Orígenes”.

El mundo estaba despoblado. Existía el lugar ideal. La hacienda El Trapiche es el punto de partida.



Después de la guerra que los vencedores llamaron de Emancipación, el mercader Gamarra, conocido también como el Gavilán Mayor, se convirtió en el propietario de esa gran extensión de tierra. Todo era distinto: “Al comienzo no existían estas calles de polvo por las que ahora deambulan perros hambrientos y predicadores que anuncian entre cánticos el fin del mundo. Ningún ladrillo se había puesto, ninguna casa se había construido, ninguna iglesia había sido erigida, ningún cuartel político había sido edificado” (pág. 9). El encargado de cuidar ese paraíso tropical fue Primitivo Barrios, una especie de Adán, a quien el Gavilán le da orden de tumbar el monte. Y como Barrios no tenía mujer y andaba en pecado de zoolofilia, el patrón le consiguió mujer, para que dejara sus malos pasos con animales. La compañera resultó ser María Fernández, una joven que lo pone en tentación. En este caso el fruto prohibido resulta ser tomar los bienes del amo. La saga criolla en la novela tiene identidad con la bíblica pero, a la vez, características propias, un aliento de largo alcance que hace que Marco Schwartz cree un mundo propio, donde la expulsión, por ejemplo, del Trapiche recuerda al otro, al bíblico, porque en ambos casos los hombres acusan a la mujer de haberlos hecho caer en la tentación y, cuando el mercader Gamarra los sorprende, Primitivo Barrios sólo puede decir: “Yo no quería hacerlo, pero ella me dijo que eso no era robar” (pág. 14).

La *Vulgata caribe* no tiene como finalidad hacer una parodia de la Biblia. Está por encima de ello, aun cuando el hilo conductor de la trama reconstruye el fratricidio primigenio, que en este caso se da entre Onofre y Evaristo Barrios. Los parangones son múltiples y, en cada caso, el escritor les inserta un alto contenido regional, para buscar de este modo las características más propias de la tierra donde quiere construir ese mundo que reboza de anécdotas caribes.

La tierra prometida persigue a las generaciones de hombres y mujeres que aceptan como natural ese estado de eventualidades, donde los hechos del pasado se van perdiendo para la memoria, pero en el fondo, que no es más que la superficie de la vida, va quedando ese hilo invisible que parece atar generaciones que nunca se preocuparon de dónde vienen, por estar metidos, día a día, en el donde están. Es así como Schwartz apuntala la habilidad de su novela.

En el tiempo hay secuencia de familia, un laberinto de vidas que, sin saberlo, coinciden, por distintos caminos, en la promesa de la tierra prometida, ese lugar donde cada protagonista que viene transcurriendo en el tiempo sobre las páginas del libro quiere para amparar su existencia junto a los suyos.

Les corresponde a los Laras iniciar la hazaña. El primero que recibe la promesa es el soldado Abelardo. De ahí en adelante la zozobra por lo que no llega caerá sobre los descendientes. Cada cual tiene que cargar con su propio episodio de ansiedad. Es una herencia de la nada, una continua marca que se suma al apellido que representa a todos los de su clase. Cada quien, dentro de la trama, pertenece a un momento de la historia. El soldado Abelardo Lara se puede ubicar a comienzos del siglo XX si cronológicamente los episodios entran en equivalencia y comparación con los de Colombia. “En los tiempos del presidente Heredia estalló una nueva guerra civil, la número 52 en los anales de la república, conocida como la Guerra de las Flores. Nacio-

nales y reformadores se enfrentaron con un odio nunca visto, sembrando al país de cadáveres y condenándolo para el resto de su existencia a navegar en un océano de sangre y dolor. En el transcurso de la contienda bajó desde el altiplano el legendario general Forero, caudillo rebelde, con la misión de conquistar la desembocadura del río Largo y combatir el ejército regular en las siete provincias del norte” (pág. 25). De lo bíblico, Schwartz ha pasado a simular la historia de Colombia, con el cambio de nombres que el lector avezado en historia puede sustituir. La Guerra de las Flores rememora los episodios de la guerra de los Mil Días, donde el enfrentamiento de las dos ideas recalcitrantes en las lides partidistas tienen ahora en la ficción el nombre de partido de los nacionales y partido de los reformadores. El general Forero hace recordar al general Uribe Uribe en la conquista del río Magdalena, y ambos, en la novela y por fuera de ella, mueren asesinados por alguno “de sus enemigos, que eran muchos en esos días turbulentos”. Abelardo Lara tiene el privilegio de representar a cualquier Abelardo Lara, a ese que al terminar la guerra recibe la promesa de la tierra que nunca será suya: “No le oculto, soldado Lara, que las cosas no nos están saliendo como quisiéramos, porque los nacionales tienen la ventaja de que controlan desde hace veinte años el poder; pero le juro en este lugar y en este momento que si ganamos la guerra le quitaremos la tierra al tal Gamarra y se la daremos al pueblo. Y yo velaré para que usted reciba una parte que corresponda a su coraje” (pág. 26). Y el archiinfanto de Lara, quien había grabado con un machete en un tronco de una ceiba las cuatro letras de su apellido para así localizar después de la guerra el pedazo de tierra que le había prometido el general Forero, no tuvo otro remedio que vivir en suelo ajeno, pues su jefe político termina asesinado. Y, de modo simbólico, Schwartz lo lleva anciano y ciego a morir casi al final de la novela. Abelardo, ya centenario se levanta de su mecedora para

terminar cruelmente muerto junto a un bus, cuando su nieto Reynaldo organiza la invasión del barrio que tendrá el nombre de Chibolo en la ciudad de Buenavista.

La historia, en su momento, se repite de modo diferente en Demetrio Lara, que muere en la locura colectiva que se da después del asesinato del caudillo político Félix Gabriel Chocontá (Jorge Eliécer Gaitán), que a través de una carta le había prometido darle tierra una vez llegara a la presidencia.

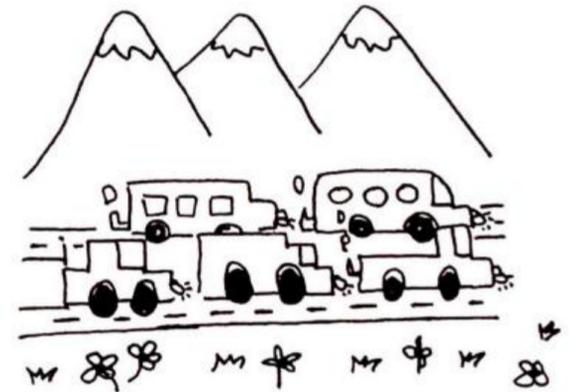
El horizonte bíblico no desaparece. El Caribe tiene también su Moisés. En este caso se llama Moisés Cantillo, conocido de igual modo como el Mono Cantillo, quien habrá de tener por mujer a Ana María Lara, hermana de Reynaldo. Marco Schwartz nos trae en este nuevo personaje la historia política más reciente de Buenavista. El entretrejo de la trama recrea a un personaje que nunca podrá ser lo que quiere, porque en su deseo de planear una invasión que les otorgue a los suyos la tierra prometida, termina en garras de Fadul, el típico político corrupto. Con este siniestro personaje de la política, queda al descubierto la maquinación, la trampa, apoyada con todas las de la ley, y el dramático uso que se hace de las necesidades populares. Es un gran tratamiento del tema que el autor logra sin caer en el pasquín. Fadul sabe del provecho electoral que puede obtener de unos colonos interesados en la invasión, por lo que contacta a ese líder natural que se va a meter en la peligrosa misión de llevar a los necesitados hombres a la toma de la tierra ansiada en Buenavista.

Como literatura, *Vulgata caribe* usa la historia contemporánea. Tiene el referente de los sucesos de la ciudad que la inspira, pero, más allá de los sucesos, el logro de la ficción se va por los caminos de esa gente anónima con nombre propio, con gracia y humor negro reconstruye a través de cientos de detalles la historia de seres que, a pesar de ser "los don nadie", integran el núcleo de lo social que desarrolla la novela. Los nombres bien puestos en generacio-

nes que establecen cambios patronímicos: desde Micaela Sampayo, pasando por Matilde Fonseca, hasta llegar a los que se toman de quién sabe dónde para terminar pareciéndose a cualquier cosa como río, película o suceso: Danubia, Evelsy, Neil y Anuar; las costumbres políticas bien recreadas con el lenguaje exacto que producen sus protagonistas: "Ahí el barrio con sus calles de tierra, sin agua, sin escuela, sin un culo, y eso que es mucho más antiguo que Chibolo. Y la gente sigue votando por Vergara. Mira, Mono, la gente necesita servicios y todo eso, no te lo voy a negar, pero lo que más necesita es que le metan entusiasmo" (pág. 226). Lo anterior es una frase propia del político corrupto. Pero más allá están los oficios establecidos que dan credibilidad a eso que de modo fantasmal se parece a un trabajo y que son el centro mismo de los sucesos. Pululan los vendedores del rebusque, esos que de cualquier modo buscan ganarse la vida; Belkys Ariza, por ejemplo, una vez realizada la invasión, extiende una esterilla frente a su casa para vender frutas abolladas que compra a bajo precio en el mercado; Minerva Esmeral y sus paisanos venden arepa de huevo a orilla de la Circunvalación, y otros se defienden vendiendo butifarras de cantina en cantina, o los que montan fritangas a las entradas de los cines.

Chibolo, el barrio tomado que representa la tierra prometida en la ciudad de Bellavista, no es más que la continuación de la miseria. Ahí están los colonos, sin nada, y en esa nada toda la fuerza de una imaginación que recrea personajes únicos como el gordo Altamar, un ser que tipifica todo el encanto natural de quien abre caminos variados para sobrevivir. Es el hombre de La Tres, esa cantina bailadero donde la novela replantea la vida en todas sus posibilidades y hasta donde los perros saben contar: "Los viernes y sábados a medianoche, cuando el gentío ya estaba medio borracho, apagaba de sopetón la música, pedía silencio, se colocaba en la cabeza un estrafalario sombrero de copa

y presentaba en mitad de la calle el espectáculo del perro sabihondo. Mirando fijamente a su perro, decía: Uno más dos; y el animal, un gozque albino llamado Blanquicet, abría con su pata tres pequeños surcos en la tierra" (pág. 215).



Vulgata caribe tiene la ambición de recoger la historia de un pueblo que hace protagonismo desde su escandalosa vida cotidiana. El perfil es el mismo, el común y corriente de quien araña todos los días desde que amanece hasta que anochece. Estos micromundos que con amplitud describe Schwartz, los trae a la novela para hacer una gran epopeya de la vida diaria, esa que pasa vertiginosa y conflictiva por encima de la historia oficial que recogen libros y periódicos.

ÁLVARO MIRANDA

No diré quién es el asesino

Rubén Darío y la sacerdotisa de Amón
Germán Espinosa
Editorial Norma, Serie Literatura o Muerte, Bogotá, 2003, 151 págs.

La Editorial Norma ha tenido la buena ocurrencia de hacer una colección de novela negra. Teniendo en cuenta que éste, por lo general, es un género de entretenimiento —no estoy hablando de clásicos como Raymond Chandler o de Dashiell S. Hammett, quienes logran hacer del género un instrumento de